
DISCURSO IX.

HUMILDAD.

Deus humilibus dat gratiam.
Dios dá su gracia á los humildes.
(JAC. IV, 6.)

San Agustín, cuyo nombre es justamente tan repetido en la Iglesia, se expresaba así: Si se me preguntase cual es la primera de las virtudes, contestaría: la humildad; si la segunda, replicaría: la humildad; si la tercera, repetiría: la humildad; y cuantas veces se me preguntase lo mismo, daría siempre la debida preferencia á la humildad. Y tenía razon de expresarse así, porque entre las virtudes morales que deben adornar y embellecer la vida cristiana, la humildad ocupa uno de los lugares más distinguidos. Ella es el fundamento sobre el cual descansa el edificio de la perfeccion evangélica; es la llave de oro que abre los tesoros de las divinas misericordias; es la piedra de toque que dá á conocer las almas verdaderamente justas; es aquella á la cual está prometido el reino de los Cielos. Si por reino de los Cielos se entiende el reino de la Gracia, éste es enteramente de los humildes, ya que la Gracia es un dón que se reparte entre los humildes; y si por reino de los Cielos se entiende el reino de la Gloria, tambien éste es sin disputa de los humildes, puesto que la Gloria es un premio que se concede á la humildad.

La Santísima Virgen nos ofrece un ejemplo luminoso de esta virtud tan bella, tan laudable, tan necesaria, y á la cual le está reservado un riquísimo galardón. María fué siempre humilde. Considerando cuan indispensable sea el ejercicio de esta virtud y admirándola en la Santísima Virgen, no se la considerará, ni se tendrá, como desgraciadamente observamos, por cosa de ningun valor. Voy, pues, á ocuparme de ella, persuadido de que, si bien los hijos del siglo, entregados á vanas pompas, á quiméricos honores y á objetos lison-

jeros que fomentan la pasion de la soberbia, no deseen conocer el valor de la humildad, que quisieran relegada en el retiro de los claustros más austeros y en los desiertos más solitarios, vosotros, hijos de la Cruz y devotos de María, deseais conocerla y admirarla. Ni podría ser de otra suerte, porque si os gusta seguir el camino de la verdadera devocion, debeis suspirar igualmente por una virtud, sin la cual no es posible contarse entre los discípulos de Jesucristo, ni esperar la felicidad del Paraiso reservada á los humildes. Permitidme, pues, que en el presente discurso me ocupe de la humildad, y disponga vuestros ánimos á seguir las huellas de María, y haceros dignos de recibir sus beneficios. Saludémosla ántes con el Angel: A. M.

La humildad cristiana, para hablar segun la doctrina de los Padres de la Iglesia, es una virtud que conduce al hombre al conocimiento de sí mismo, le inspira humildes sentimientos de su persona, le llena de confusion atendidas sus miserias, le hace sobrellevar con alegría, ó á lo ménos con paciencia, las humillaciones y los desprecios. Tambien es una virtud que refrena y modera la inclinacion que todos tenemos de encumbrarnos, y de parecer más de lo que somos en realidad. Para enriquecernos de esta virtud no se requiere mucho estudio, porque si tantas enseñanzas y tantos siglos de experiencias, que nos hacen palpar el lodo de las humanas grandezas, no bastan para curarnos de la soberbia, podrá bastar un atento y sincero examen de nuestra nulidad, careciendo de toda razon para embriagarnos, exagerando nuestros talentos naturales y adquiridos, en el orgulloso concepto de creernos alguna cosa.

En todo tiempo han considerado los sábios como principal fundamento de toda filosofia y de toda ciencia, el conocimiento de sí mismo. En efecto, ¿de qué serviría investigar los más profundos secretos de la naturaleza, y de descubrir cuanto hay en ella de recóndito y de sublime, si nos ignorásemos á nosotros mismos? Hé ahí porque los maestros más preclaros del Cristianismo, invitándonos á fijar el pensamiento en nuestro interior, dijeron: que la más grande de las ciencias es la ciencia sublime de Jesucristo. En verdad, miéntras que la ciencia de la tierra, no iluminada por los rayos de la eterna luz, seduce en vez de enseñar, pervierte la mente y corrompe el corazon; la ciencia de Jesucristo ilustra la inteligencia, corrige los sentimientos, y dirige sin tropiezo nuestros pasos á través de los innumerables errores del mundo. El conocimiento de sí mismo, cuando no es extra-

viado por los halagos del siglo, por los sueños de la fantasía, ni por los excesos de la ambición, nos induce á ser humildes. Consideremos separadamente cada una de las sustancias de que estamos compuestos, y en primer lugar el cuerpo.

Nuestro cuerpo es polvo, es barro; y sometido á todas las inclemencias de las estaciones, á todas las variaciones de los humores y á todas las alternativas del tiempo, lleva en sí lo que le impele á desmoronarse. Ya sea de estatura alta, es siempre lodo; de formas esbeltas y de color sonrosado, no es más que polvo; de constitución robusta, fuerte y vigorosísima, es solo floja arcilla; ó descendida de sangre noble, pisa siempre con los pies la losa del sepulcro. Dios había infundido en nuestro cuerpo un germen de vida, que nada hubiera podido debilitar ni extinguir; pero, habiendo el pecado destruído un órden tan bello, no puede librarse de la muerte. No es necesario que venga un Daniel á anunciar nuestro próximo fin como á Baltasar; lo dicen las aguas del arroyuelo que corren, la flor que se marchita, las hojas que caen de los árboles, la estación que varía, el sol que va al Ocaso, y cualquiera objeto que aparece y pasa, por muy lisonjero que parezca. Nosotros mismos, que con tanta velocidad cambiamos de año en año, que notamos el continuo cambio de nuestro rostro, que mirando alrededor nuestro vemos amigos y deudos, que han caído á nuestro lado como un ejército de soldados diezmados en lo más ríco del combate; nosotros mismos, llevamos delante un memorial diario y perpétuo de nuestra mortalidad. ¿Y puede ser objeto de nuestra soberbia un cuerpo tan miserable, que lleva consigo el principio de la propia destrucción? ¿Y no dijo verdad el Eclesiástico cuando aseguró, que para humillar el vano orgullo del hombre bastaba recordarle el barro de que fué formado (1)?

Además, el cuerpo humano fué hecho para ser habitado y dirigido por el alma. Yo me callaría si esta alma fuese bella é inocente tal como saliera del soplo de Dios; pero ya que el veneno de la culpa que infectó á Adán, se transmitió también á su posteridad, nosotros, al nacer hijos de un padre rebelde, heredamos el pecado en el seno materno. Ahora bien; si acá en la tierra se considera una grandísima humillación el ser hijo de padres manchados con crímenes infamantes, ¿será para nosotros un título de vanagloria descender de un origen ignominioso? Si David, rey y profeta, no cesaba de sentirse lleno de confusión por haber sido concebido en la iniquidad (2),

(1) ECCL. X, 9.

(2) PSALM. L, 7.

¿nosotros, que también fuimos concebidos en ella, nos creeremos con derecho para levantar orgullosos la frente? ¡Ah! aún cuando no nos afease otra mancha que la culpa original, deberíamos siempre humillarnos profundamente.

Aún prescindiendo del pecado original, ¿acaso no nos obligan á practicar la humildad los pecados de que nos hemos hecho reos por nuestra malicia? Ciertamente que es deshonesto desertar de las filas militares en frente del enemigo, ó para un siervo ser infiel á su señor, ó para un hijo difamar la gloria de su padre, ó para un amigo hacer traición á otro amigo y abandonarle en sus necesidades. Ahora bien; aquel que peca, soldado de la milicia de Jesucristo, abandona ruinmente su puesto y vuelve las espaldas al ejército contrario; siervo infiel, derrocha los tesoros que Dios le confiara; hijo de la gracia, difama á Aquel que le ha colocado á tal altura; y amigo, tratado con inmensa bondad por la divina misericordia, sacude el ligero yugo de la más dulce de las amistades. Así, pues, debería avergonzarse de sus culpas como se avergüenza el soldado cobarde, el siervo infiel, el hijo ingrato y el amigo traidor.

Si, llamados á penitencia, nos arrepentimos de los pecados cometidos, obtenemos su perdón, y vemos caer rotas á nuestros pies las cadenas que nos ataban al Infierno, nos inducirá á ser humildes el saber que podemos fácilmente caer de nuevo, quedando sepultados en nuestra caída. Teniendo impreso en la mente este pensamiento, ¿podremos envanecernos de fútiles honores, cuyo brillo es todo humo? No, respondía San Jerónimo, conociendo mi imbecilidad, no puedo presumir de mí mismo. Por lo tanto, no podemos ménos de ser humildes, porque si nos referimos á nuestro cuerpo, es semejante á la yerba del prado, que se seca en breve plazo; y si hablamos del alma, fué ésta contaminada por la culpa original; levantada de la primera caída, ó vuelta á la vida de la gracia mediante las aguas del bautismo, se manchó con nuevos pecados; y una vez perdonados éstos puede á cada instante caer de nuevo en la culpa.

Estas consideraciones, hermanos míos, nos conducen á tratar de la humildad de María, pues, no hubo en Ella ninguno de los humillantes principios que se arraigan en nosotros. Sin sentir, ni por un solo instante, como todas las demás hijas de Eva, los funestos efectos de la primera culpa, nació bajo los auspicios de la especial protección divina, como azucena purísima del Paraíso, en la integridad de la inocencia y en la plenitud de la gracia. Poseída por el Señor, desde el primer instante de su sér, y revestida de la justicia y de la santi-

dad perdidas á causa de la primera culpa, devolvió á la naturaleza humana su integridad y su primitiva belleza. Habiendo Dios obrado en Ella maravillas enteramente inefables, sublimes, totalmente nuevas, y colocada sobre todos los coros de las gerarquías angélicas, subió á la más excelsa de las dignidades, á la mayor de las grandezas. Por consiguiente, nada tenía de lo que nos impele á humillarnos, nada de lo que induce á todo mortal á ser humilde. Y sin embargo, miéntras que es saludada con suma reverencia, miéntras que la celebran llena de gracia, y se le anuncia que descenderá en Ella el Espíritu Santo; miéntras que este Espíritu descende en Ella con la abundante plenitud de sus dones, y es antepuesta á toda las criaturas, no se eleva sobre sí misma, sinó que descende y se abaja en la humildad; y precisamente por esta extraordinaria humildad mereció ser Reina del Universo.

Cuya humildad fué verdadera. Para verdadera humildad, no basta, hermanos míos, pronunciar una fórmula cualquiera de poca estima de sí mismo, como tampoco basta inclinar la frente y la mirada hácia el suelo. Hay una humildad falsa, ficticia, aparente, y de ella dice el Eclesiástico, que sabe disfrazarse la soberbia (1). Bien distinta de ésta fué la humildad de María; en el instante mismo en que hubiera podido considerarse sobre toda ponderacion, la más bienaventurada entre las mujeres de todos los siglos, se abisma en una profunda meditacion de su bajeza. Su humildad la manifestó con sinceras palabras, pues, cuando el Padre en ardiente sonrisa de amor, la escogió por Hija suya, el Hijo por Madre, y el Espíritu Santo por Esposa, Ella, en vista de tantos títulos como podía escoger delante de este Dios, no escoje el de Esposa, de Madre, ni de Hija, sinó que toma el más bajo, el de sierva. Manifestó su humildad con hechos, pues, cuando José estaba poseído de inquietud profunda y de angustiosa perplejidad, al verla en cinta ignorando la causa, miéntras que con una sola palabra hubiera podido proveer al propio honor y la justificacion propia, calló, porque, hablando, debía revelar el misterio que el Espíritu Santo obrára en Ella, y, por consiguiente, sus glorias y maternidad divina.

No me detendré aquí en recordar las otras ocasiones en las cuales María nos dió pruebas irrefragables de esta hermosa virtud. Paso en silencio el día de su presentacion al Templo, como si, al igual que todas las demás madres, estuviese manchada con la impureza con-

(1) Eccl. XIX, 23.

yugal, sometiéndose á la ceremonia de la purificacion. Nada digo del tiempo en que, Soberana de los Angeles y Madre del Hombre-Dios, vivía en el humilde taller, cumpliendo todos los oficios de su condicion. Paso por alto el Cenáculo donde se retiró, cuando, debiendo el Espíritu Paráclito descender del Cielo para cumplir con la santificacion la estupenda obra de la redencion, como si tuviese necesidad, ó no le hubiese recibido ya, se colocó en último lugar, despues de los Apóstoles, despues de los discípulos, despues de las mujeres (1). Mi discurso no versará sobre estas pruebas de humildad que nos dió la Santísima Virgen, no porque no sean magnificas y dignas de alabanza, sinó sobre la humildad de la Santísima Virgen en su visita á la familia de Zacarías.

Sin duda que fueron grandisimas, raras en la cualidad é infinitas en número las perfecciones de que estaba dotada María, muchísimo tiempo ántes de que se dispusiese para visitar á la anciana madre de Juan Bautista. Sin embargo, como si no tuviese derecho á los homenajes de los hombres, se olvida de su dignidad suprema, y con humilde semblante dirige sus pasos hácia la morada de Zacarías.

Entrada en esta casa, saluda á Elisabeth. Ciertamente que Elisabeth era venerable por sus años, por el grado de su marido, sacerdote del Señor, y por el dón milagroso de un hijo concebido en la ancianidad; pero ¿cuánta diferencia no existe entre ella y María? La una, manchada por la culpa, que en Adán contaminó á todo el género humano; la otra, adornada de celestial belleza, sustraída á toda culpa por singular privilegio, libre de toda mancha. La una, madre de un hijo, que, aunque celebrado por los más ilustres profetas, es siempre hombre; la otra, madre de un Hijo, que, si bien se hizo hombre por exceso de inmensa caridad, es Dios. Con todo, á pesar de ser más grande, más noble y más santa que Elisabeth, María, sin ensoberbecerse de su nobleza, de su grandeza, ni de su santidad, se anticipa en la visita y en la salutacion. La hija predilecta del Príncipe no se desdeña de visitar á la sierva; la Reina del Cielo y de la tierra no se abstiene de saludar á la súbdita; y la Madre de Dios se apresura á tributar personalmente honor y homenaje á la madre del Bautista.

No acaba todo aquí. María asiste, además, á Elisabeth en todos los servicios de que puede tener necesidad en su avanzada edad y en su preñez. Así pues, si un día se llama sierva del Señor, sirviendo á

(1) Actor, I, 14.

Elisabeth en casa de Zacarías, se constituye en criada de una criatura. Cierto, que no corre presurosa y solícita á casa de su prima porque espere alguna recompensa, puesto que nada puede esperar en una casa, cuyo dueño está impedido del uso de la palabra, de una mujer muy entrada en años, y poco ántes llamada desdeñosamente la estéril. Vá allí, no para ser socorrida, sinó para prestar socorro; no para ser ayudada, sinó para ayudar; no para ser servida, pero sí para servir. A esta consideracion, aturrida y llena de estupor la iluminada mente de San Bernardo, decia: que así como ninguna criatura, despues del Hijo de Dios, subió á tanta dignidad de gracia como María, tampoco ninguna criatura, á excepcion del Hijo de Dios, hecho hombre, descendió á tal abismo de humildad como María (1).

¡Ah! no me habéis de otros ejemplos de humildad, que nos dieron otras almas escogidas. Fué digna de elogio la humildad de Abrahán, que cuando quería hablar á Dios, se consideraba polvo y ceniza (2); pues, aunque Abrahán fuese el tronco y el padre del nuevo pueblo, del cual debía nacer el Mesías, y hubiese recibido la promesa de que su descendencia se multiplicaría como las estrellas del firmamento, al fin, era un siervo delante de su Señor, un súbdito delante del Criador. Digna fué de encomio la humildad de David, cuando, lastimado por las reprensiones de Natán, olvidándose de que era rey para recordar que era pecador, con sentimientos de amargo duelo confesó haber pecado contra el Señor (3); pues, aunque David, entre todos los hijos del anciano Isai, hubiese pasado de la choza al régio alcázar, y trocado en cetro de oro su cayado de pastor, no obstante, era un reo al cual se le echaban en rostro sus extravíos. Estos y otros ejemplos de humildad, que en todos tiempos han despertado la admiracion de los contemplativos, desaparecen ante la humildad de María, la cual, no hallándose en las condiciones de Abrahán, ni de David, se humilla más que David y Abrahán. La humildad de María tuvo por modelo la de Jesucristo, y despues de Jesucristo, no hay humildad mayor que la de su santísima Madre.

Hemos observado ya, que, entre todas las criaturas, no hay ninguna á la cual convenga la humildad como al hombre. Ahora añado, que esta virtud es extraordinariamente necesaria para conseguir la

(1) SAN BERN. serm. 61.

(2) GEN. XVIII, 27.

(3) REG. XII, 13.

salvacion eterna. Remontaos, hermanos míos, con el pensamiento, á la eterna morada, considerando quienes fueron admitidos en los gozes inmortales del Paraíso. Allí entraron algunos que no hicieron limosna por ser pobres; otros, que no mortificaron sus miembros con los ayunos porque eran de complexion débil; otros que no conservaron la virginidad por haberse unido en matrimonio; pero no entró ninguno que no hubiese sido verdaderamente humilde. La humildad es el fundamento y la custodia de todas las virtudes; de suerte, que todas desaparecerian si desapareciese la humildad; la soberbia es el origen de todos los vicios; y el alma que está poseída de ella, es como si estuviese contaminada con todos ellos (1). Jesucristo, en la parábola del Fariseo y del Publicano, dice: que quien se enzalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado (2). Y nosotros sabemos, que la soberbia precipitó á Lucifér del Cielo á los antros infernales, al paso que la Santísima Virgen fué elevada por su humildad al más alto trono de los Cielos.

Voy á concluir, hermanos míos. Si comparamos la vida de los héroes cristianos con la nuestra, considerando la diferencia inmensa que existe entre sus costumbres y las nuestras, no podremos ménos de llenarnos de confusion. Ellos, humillándose, se alegraban cuando la pobreza les oprimía, la tribulacion les angustiaba, y la enfermedad les hería; y nosotros, á la menor contrariedad que se oponga á nuestro altivo carácter, prorumpimos en quejas, en lamentos, en cólera y en desesperacion. Ellos no ambicionaron la propia gloria en las empresas que realizaban, en la doctrina que enseñaban, ni en los mismos prodigios que obraban; y nosotros no aspiramos á otro fin con nuestros actos y palabras que á esta gloria, olvidando que somos viles gusanos. ¿Qué responderemos, pues, cuando se nos ofrecerán á nuestra vista los ejemplos de los Santos? ¿Qué diremos, cuando se notará la enorme desproporcion que existe entre ellos y nosotros?

Aprendamos, pues, de los ejemplos de los Santos, y muchísimo más aún de los ejemplos de María, á revestirnos de la santa cristiana humildad; que nuestra miseria nos infunda temor, y nuestra nulidad nos haga precavidos en el importante negocio de la salvacion. Si una altiva confianza de nosotros mismos nos ha arruinado muchas veces en la vida pasada, que nos salve el bajo concepto que debemos

(1) ECCL. X, 15.

(2) LUC. XVIII, 14.

tener de nosotros mismos; cierto como es, de que solamente se salvarán los humildes de corazón, y que para entrar en el reino de los Cielos es preciso empequeñecerse hasta convertirse en niños. Además, ¿cuántos bienes no se alcanzan con la humildad? Se posee una perfecta tranquilidad; se conservan y se perfeccionan las virtudes ya adquiridas; se adquiere derecho á verse colmados de gracias; se alcanza con facilidad el perdón de los pecados; se atraen hácia la tierra las divinas misericordias. Así, pues, hermanos míos, procuremos ser humildes. Cuando la vanidad nos induzca á ensoberbecernos de nuestra belleza, recordemos que la belleza es como la rosa que pronto se marchita; cuando se nos hable de la nobleza de nuestro origen, recordemos que el Hijo de Dios practicó la humildad; cuando se nos halague con la idea de las riquezas más ó ménos abundantes que poseamos, pensemos que el mejor uso que podemos hacer de ellas es, el de procurarnos medios para tratar con suavidad y cariño á nuestros hermanos de condición humilde; y cuando se nos presente bajo otros disfraces, digamos para nosotros mismos: nuestro primer deber es salvarnos; y para salvarnos, ante todo, debemos ser humildes.

DISCURSO X.

CELO.

Omnis, qui celum habet legis, exeat post me.

Todo el que tenga celo por la ley, sígame. (I. MACCH. II, 27.)

Dios obró con frecuencia estupendísimos prodigios para proveer á las temporales necesidades de los hombres. Padre de bondad y de misericordia, envió á José para saciar el hambre de sus hermanos; á Moisés, para arrancar al pueblo Hebreo de la dura esclavitud de Faraon; á Isafas, para librar de sus enemigos al rey de Judá; á Daniel, para salvar á la virtuosa Susana de la muerte; á los mismos Angeles, para sustraer á Loth de las llamas, y á Sara de la infestación del demonio, para arrancar á Jerusalén del poder de los Asirios, y para salvar á los inocentes muchachos del horno de Babilonia. Considerando esta divina Providencia, el rey profeta exclamaba: ¡Cuán grandes y maravillosos son tus caminos, Señor! De tu mano esperan los vivientes su subsistencia, y á tu soplo se renueva cada día la faz de la tierra. Y si grande es el cuidado que Dios se toma para atender á nuestras necesidades corporales, mayor es la que se toma por las necesidades de nuestra alma. En efecto; Él, que siempre acudió de mil maneras á la salvación del hombre, en la plenitud de los tiempos envió del Cielo á la tierra á Jesucristo, que es la misma clemencia para los pecadores, la misma verdad para los extraviados, y la misma vida para los muertos. Por consiguiente, quiso demostrarnos con sus ejemplos, que si queremos serle fieles debemos asistir al prójimo, tanto en las necesidades temporales como en las espirituales.

De esta virtud nos dió también ejemplo la Santísima Virgen, cuya caridad no se limitó tan solo al alivio de los males materiales, sino que se extendió más léjos, no perdiendo de vista aquellas miserias, y aquellos dolores que se refieren á la parte más noble del hombre,